

PIES EMBARRADOS Y CAMISAS BLANCAS

por Matthew S. Holland
Del Barrio 4 de Oak Hills, Estaca Provo Utah Oak Hills



"Que sus hogares sean lugares donde hijos e hijas puedan aprender, preguntar y expresarse libres de toda crítica a un oído y corazón abiertos."

Cuando me enteré de que les iba a dirigir la palabra esta noche, estaba sentado a la orilla de la cama de mis padres, después de haber llegado un poco tarde esa noche. Ahora la cama se inclina formando un ángulo de casi 45 grados y mi madre todavía tiene una magulladura en la pierna izquierda. Bien, ahora que he logrado sobreponerme, mi padre dice que estoy agradecido de estar aquí.

En verdad estoy agradecido de estar aquí esta noche para compartir algunas palabras en cuanto a la influencia que los padres y las familias ejercen en la juventud de nuestra Iglesia. Me gustaría ilustrar esto por medio de mi propia familia; ya que en mi vida recibo el amor y el apoyo tanto de mis padres como de mi hermana menor y mi hermano. Ellos se preocupan por mis necesidades temporales y espirituales, las cuales son muy importantes para mí, y mi familia las cuida mejor que nadie, incluyendo las demás organizaciones de la Iglesia.

Aprecio mucho los programas de la Iglesia. No obstante, entre muchos Santos de los Últimos Días parece prevalecer la idea de que la Iglesia es responsable de la educación espiritual de la juventud. Los padres que así lo creen están robándoles a sus hijos una de las más valiosas experiencias que podemos lograr en nuestro estado mortal.

La Primaria, la Escuela Dominical y el Seminario nos han enseñado a todos lecciones que nunca podremos olvidar. El Sacerdocio Aarónico y los programas para los Hombres Jóvenes nos han ayudado a honrar más cabalmente el sacerdocio. Los programas para las Mujeres Jóvenes enseñan habilidades espirituales, sociales y domésticas que son muy importantes. Los programas del Sacerdocio de Melquisedec y de la Sociedad de Socorro mantienen sin desviación a la más recalcitrante generación mayor, más rebeldes. Sin embargo, tales programas no tendrán éxito a menos que en el hogar se enseñen las mismas lecciones.

Esta noche se hablará mucho en cuanto a los padres. pero a mí me gustaría mencionar también a las madres. Una mañana veraniega en el mismo departamento para estudiantes que mi padre les acaba de describir, le dije a mi madre que iba a salir a jugar. Me dijo que estaba bien, pero me advirtió que no regresara corriendo con los pies embarrados porque se encontraba en el proceso de lavar y encerar el piso. Mi madre repitió lo que había dicho para hacer hincapié mientras yo me escabullía por la puerta con pantalones cortos, descalzo y sin camisa. Creo que jugué por una hora, y por lo menos durante la mitad de ese tiempo estuve en el barro. Luego, sabiendo que probablemente mi madre habría terminado con el piso y me

leería algo, corrí a la casa lleno de entusiasmo y energía. Ese mismo entusiasmo me impulsó con mis pies cubiertos de barro a subir las escaleras. a través de la puerta hasta la mitad del piso lavado y encerado en el que mi madre, todavía agachada estaba por terminar.

Sin esperar la reacción y sin desear dejar a medias mi pecado, crucé corriendo el resto del piso, entré en la habitación de mis padres, y cerré de golpe la puerta. Sin saber si debía saltar de la ventana del segundo piso o si sería suficiente esconderme debajo de la cama, rompí a llorar. me tiré en la cama y me preparé para la posibilidad de conocer a mi tatarabuelo antes de lo anticipado.

Escuché que la puerta se abría suavemente y miré. ¡Ah, qué bien pensé, mi madre no traía una varilla de hierro! Antes de que pudiera decir algo, interrumpí: "Mami, tú no me quieras", a lo cual ella respondió: "Te quiero mucho y haré cualquier cosa para probártelo". Luego levantó mis pies sucios y embarrados y los besó. No es necesario decirlo, pero esa experiencia me enseñó muchísimo en cuanto al significado del arrepentimiento y el perdón, lecciones que la Iglesia posteriormente reforzaría.

Claro que no tiene que tratarse de una gran experiencia para influir a un niño. Alma, hijo, quien tuvo sus propios problemas de joven, le dijo a su hijo, Helamán:

"Ahora, tal vez pensarás que es locura de mi parte: mas he aquí. te digo que por medio de cosas pequeñas y sencillas se realizan grandes cosas . . ." (Alma 37:6) Como padres e hijos, debemos darnos cuenta de las grandes cosas que podemos lograr con acciones que puedan parecer carentes de importancia o insignificantes en cierto momento.

Por ejemplo, desde que fui a ser diácono mi padre y yo hemos salido a tomar un helado después de cada reunión general de sacerdocio, y esta noche no será la excepción. Claro está que el helado no es absolutamente necesario para disfrutar de una reunión de sacerdocio-pero contribuye. También recuerdo que mi padre me dijo semanas antes de que tuera ordenado como diácono, que él deseaba que cuando yo preparara, bendijera o repartiera la santa cena, siempre usara camisa blanca y corbata. Estoy seguro que he escuchado el mismo consejo de algún maestro de la Escuela Dominical o lo he leído en algún manual, pero no fue sino hasta cuando mi padre me lo dijo que yo tomé la determinación de hacerlo. Al responder a la sugerencia de mi padre, he demostrado respeto por la ordenanza sagrada de la santa cena. Y ese pequeño consejo me ha ayudado a entender que las ordenanzas del sacerdocio no son únicamente tareas o asignaciones, sino que son privilegios de gran valor en los cuales estoy agradecido de participar.

Recientemente aprendí de mi padre otra lección importante acerca de su amor por mí. Hace algunas semanas se jugaba en la ciudad de Ogden (a unos 145 kilómetros de mi casa en Provo) el campeonato estatal de básquetbol (baloncesto). Yo era miembro del equipo de una de las dos escuelas que disputaban la copa. Después del primer tiempo el equipo se agrupó. Al levantarme de la banca, advertí que mi padre y madre estaban sentados en la primera fila. Esto podrá parecerles insignificante, pero yo estaba emocionado porque en Provo esa misma noche se

llevaba a cabo uno de los acontecimientos más importantes del año. No era la instauración de mi padre como rector de la universidad o la ceremonia anual de graduación; sino más bien el partido de básquetbol (baloncesto) entre las universidades Brigham Young y Utah. Mi padre dejó ese partido, incluyendo a algunas Autoridades Generales y a otras personalidades a quienes servía como anfitrión, para asistir a mi partido. Esa demostración de amor fue tan significativa para mí, no tanto porque mi partido fuera más importante, sino porque yo era más importante. ¿Es de extrañarse entonces que yo trate de corresponder con el mismo amor? Existe entre nosotros un vínculo, no solamente de padre a hijo, sino de amigo a amigo.

Por lo tanto, padres, les suplico que no piensen que las únicas lecciones importantes del sacerdocio o espirituales son las que enseñan los programas de la Iglesia. Hagan que sus hogares sean celestiales. Que sea un lugar donde hijos e hijas puedan aprender, preguntar y expresarse libres de toda crítica a un oído y corazón abiertos.

El élder Ashton, en un discurso reciente, dijo lo siguiente: "El hogar debe ser un ancla, un puerto en medio de la tempestad, un refugio, un lugar feliz para morar . . . es en el hogar donde se deben enseñar y se deben aprender las lecciones más grandes de la vida. El hogar puede ser el centro de la fe terrenal de uno, donde el amor y la responsabilidad mutua se conjugan adecuadamente." (Marvin J. Ashton, *Ye are my Friends*, Salt Lake City: Deseret Book 1982, pág. 44.)

Quiero dejar mi testimonio en cuanto a la responsabilidad que nosotros, los poseedores del sacerdocio de esta Iglesia, tenemos de enseñar y edificar espiritualmente a nuestras familias. También me gustaría agradecer públicamente a mi padre por el gran ejemplo que ha sido en mi vida, por la forma en la cual siempre ha honrado su sacerdocio. Lo amo mucho; y con toda honestidad puedo decir que somos grandes amigos. Mi deseo ferviente y oración es que cada uno pueda tener una relación de padre a hijo similar, en el nombre de Jesucristo. Amén.